

# ¿Qué tiene que ver el género con el sexo? Lenguaje, heterosexualidad y heteronormatividad

Deborah Cameron y Don Kulick<sup>2</sup>

En su ensayo «La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana» (1980), Adrienne Rich señaló que heterosexualidad y lesbianismo no son simplemente opciones «diferentes pero iguales» que las mujeres pueden tomar; una de ellas –la heterosexualidad– es obligatoria, la otra –el lesbianismo– es prohibida. El desarrollo «normal» de las mujeres se considera equivalente al paso por una serie de etapas de la vida, definidas en gran parte en términos de heterosexualidad (salir con amigos, tener uno o más noviazgos, casarse o cohabitar, tener y criar niños). Esta trayectoria no se le confía simplemente a «la naturaleza» para que ocurra, aun cuando es representada siempre como un fenómeno natural, sino que es promocionada con agresividad en cada aspecto de la cultura. La otra cara de esa moneda es la persecución a las mujeres que rechazan la heterosexualidad obligatoria, en especial si ellas han mostrado una preferencia positiva por relaciones emocionales y sexuales con otras mujeres. Rich observa que la «existencia lesbiana» es un asunto precario y riesgoso, y documenta esta observación con muchos ejemplos históricos y contemporáneos de cómo las mujeres han sido oprimidas porque ellas eligen a otras mujeres, en vez de a los hombres, como sus amantes y sus compañeras más apreciadas.

## **La heterosexualidad como institución patriarcal: el análisis feminista radical**

La idea de la heterosexualidad como una norma, en vez de como una simple elección entre otras, aun hace parte del pensamiento feminista y está también vigente entre activistas y teorizadores queer<sup>3</sup> homosexuales.<sup>4</sup> Sin embargo, dentro del movimiento de liberación feminista de los 70s y principios de los 80s, la idea estaba conectada a un particular conjunto de argumentos sobre la relación de la sexualidad con el género. De acuerdo con estos argumentos, la heterosexualidad obligatoria no es mala sólo porque les niegue a las mujeres como individuos, y por cierto a los hombres, la libertad para expresar y definir sus propias preferencias sexuales. La heterosexualidad es una institución política, y el estatus «obligatorio» de la heterosexualidad tiene una función crucial en el mantenimiento de la jerarquía de género que subordina las mujeres a los hombres. Las lesbianas son vistas como una amenaza, no sólo por sus prácticas eróticas, si no más fundamentalmente porque ellas no se subordinan al dominio masculino que se supone que corresponde a la totalidad de las mujeres. La feminista radical Charlotte Bunch expresó esta idea en su ensayo «Lesbianas en rebelión»:

<sup>1</sup> Este artículo es el tercer capítulo del libro *Language and Sexuality*, Deborah Cameron y Don Kulick, Cambridge University Press, 2003. Traducción de Mónica Dorado y Gabriela Castellanos. Traducción autorizada por los autores y por la editorial.

<sup>2</sup> **Deborah Cameron, sociolingüista, es la profesora Rupert Murdoch de Lenguaje y Comunicación del Worcester College de la Universidad de Oxford. Sus libros más recientes incluyen *On Language and Sexual Politics*. London: Routledge (2006); *Working with Spoken Discourse*. London: Sage (2001); y *Good To Talk? Living and Working in a Communication Culture*. London: Sage (2000).** Don Kulick es antropólogo, profesor del college of Arts and Science de New York University, Director del Centro para el Estudio de Género y Sexualidad, y del Programa de Estudios de Género y Sexualidad de la misma institución. Entre sus libros más recientes encontramos, *The Language and Sexuality Reader* (compilado y editado con Deborah Cameron). London and New York, Routledge, 2006; *Fat: the Anthropology of an Obsession* (co-editado con Anne Meneley). New York: Tarcher/Penguin, 2005; y *Queersverige* [Queer Sweden], ed. Stockholm: Natur och Kultur, 2005.

<sup>3</sup> *Queer* quiere decir extraño en inglés. En el argot popular era un término ofensivo utilizado para referirse a los homosexuales; sin embargo ha sido reivindicado por varios teóricos como un término para designar la sexualidad no canónica, la «alternativa» o no hegemónica. (N de las tr).

<sup>4</sup> Entre activistas y teóricos homosexuales, el término «heteronormatividad» es comúnmente más usado que «heterosexualidad obligatoria», el cual tiene raíces específicas en el feminismo. Como veremos más adelante, en los análisis teóricos gays no se piensa necesariamente que la función política principal de la heteronormatividad sea el mantener la supremacía masculina.

La sociedad masculina define el lesbianismo como un acto sexual, lo cual refleja la limitada percepción que los hombres tienen de las mujeres: ellos piensan en nosotras solamente en términos de sexo. También dicen que las lesbianas no son realmente mujeres, así que una verdadera mujer es aquella que es follada por los hombres. Nosotras decimos que una lesbiana es una mujer cuya energía y sentido de sí misma, incluyendo su energía sexual, se concentra en las mujeres –es una mujer que se identifica con las mujeres... El lesbianismo identificado con las mujeres es, entonces, más que una preferencia sexual; es una elección política. Es política porque las relaciones entre mujeres y hombres son esencialmente políticas: involucran poder y dominancia. Puesto que la lesbiana rechaza activamente esas relaciones y elecciones de las mujeres, ella desafía el sistema político establecido. (Bunch 2000 [1972]: 332-3)

El término de Bunch, «el lesbianismo identificado con la mujer», implica que puede haber otro tipo de lesbianismo. No es éste el lugar para desviarse hacia la historia de los debates políticos feministas –los cuales fueron prolongados y algunas veces llenos de resentimiento– sobre a quién se le considera lesbiana y con qué criterio (¿tener o haber tenido una relación sexual con mujeres es suficiente para declararse a sí misma «identificada con las mujeres»? ¿Hasta que punto las lesbianas que lo eran «sólo por su práctica sexual» eran «realmente» lesbianas?). Nos referimos al trabajo de feministas radicales tales como Charlotte Buch y Adrienne Rich para ilustrar el hecho de que para estas mujeres y muchas otras que eran feministas activas, el análisis de la sexualidad como un fenómeno social/político no estaba separado del análisis de género como un fenómeno social/político. Las estructuras de poder en cuestión eran consideradas las mismas en ambos casos, y en esencia éstas eran estructuras de poder de género.

«El sistema político establecido» al cual la lesbiana se «opone» es el sistema de supremacía masculina, el cual depende del estatus normativo u obligatorio de la heterosexualidad. Es dentro de las relaciones heterosexuales (prototípicamente dentro del matrimonio) que el poder de los hombres sobre las mujeres ha sido más directamente afirmado por las leyes así como también por la costumbre y por la práctica. No hace mucho tiempo los esposos en la sociedad

burguesa de Occidente poseían legalmente las propiedades e ingresos de sus esposas y podían castigar físicamente a sus esposas y violarlas con impunidad. Aún después de la reforma legal, muchas viejas presuposiciones sobre los derechos de los hombres en el matrimonio han persistido (todavía es frecuente la violencia doméstica y sigue siendo difícil conseguir la reparación legal en casos de violación conyugal). Las feministas también han señalado la falta de igualdad económica que está institucionalizada en las relaciones heterosexuales –históricamente los hombres han tenido mayor remuneración que las mujeres con el argumento de que ellos son responsables por el sostenimiento financiero de sus hogares, mientras que se espera que las mujeres aporten la mayor parte de la labor doméstica no remunerada (este patrón ha persistido incluso en la era del doble ingreso familiar). Y las activistas del movimiento de liberación de la mujer como Charlotte Buch fueron críticas de la dependencia *emocional* hacia los hombres que la heterosexualidad implicaba para las mujeres. Una mujer cuya relación sexual y emocional primaria es con hombres tiene interés por ser el tipo de mujer con quien los hombres desean tener esta relación y en una sociedad de supremacía masculina, arguyen estas feministas, esto esencialmente significa ser una mujer subordinada. Como lo advirtió Martha Shelley «a los [hombres] no les gustan las mujeres que no dependen económicamente de ellos –que no se sientan en casa a esperar a que el teléfono suene, esperando que «él» llegue a casa, mujeres que no se sienten totalmente aplastadas por el pensamiento de que algunos hombres ya no las aman, mujeres que no se sienten aterrorizadas por la idea de que un hombre podría dejarlas» (2000 [1970]:305).

Las feministas radicales revierten la presuposición del sentido común de que la heterosexualidad surge de la atracción natural entre «opuestos» pre-existentes: hombres y mujeres. El análisis alternativo es que la heterosexualidad como una institución política requiere que hombres y mujeres sean «opuestos» y que ésta es la razón por la cual ellos y ellas han sido socializados para ser como son: diferentes en cada forma particular. Desde este punto de vista, una lesbiana es tanto una desviada de género como una desviada sexual: toda vez que ella está por fuera del

sistema sexual, puede rechazar las formas opresivas que la feminidad requiere. La feminista francesa Monique Wittig toma el mismo concepto y va notablemente un paso más allá con su audaz afirmación, «[las] lesbianas no son mujeres» (1992:32)<sup>5</sup>. «Mujer» para Wittig no es una categoría biológica, sino un estatus político y social el cual sólo existe en un sistema sociopolítico basado en una heterosexualidad obligatoria; igual que el término racista inglés «nigger»,<sup>6</sup> no denota una categoría biológica, sino un estatus social y político dentro de un sistema que fundamenta y naturaliza la superioridad blanca.

Un tipo similar de análisis puede también ser aplicado por los hombres homosexuales, aunque ésta no sea la preocupación central de la mayoría de los análisis feministas radicales. Ciertamente, dada la tendencia para analizar la opresión sexual en términos de género, no es de sorprenderse de que muchas escritoras feministas vieran a los hombres gay en primer lugar como hombres, y por lo tanto como partidarios y beneficiarios de los valores e instituciones patriarcales. Significativamente, una muy discutida pieza de evidencia de esta perspectiva está centrada en el lenguaje: el paródico uso por los hombres homosexuales de nombres femeninos y el estereotípico «lenguaje de mujeres». Sin embargo, aunque los hombres homosexuales pueden ciertamente beneficiarse de los privilegios que les confiere una sociedad de supremacía masculina a los hombres (por supuesto, son privilegios que difieren dependiendo de la clase social y la raza y que también están afectados por el nivel individual en el que los hombres eligen hacer de la sexualidad un asunto político), el rechazo abierto a la masculinidad convencional, la cual es definida como heterosexual, también es penalizado. Al igual que las lesbianas, los hombres homosexuales pueden ser vistos como traidores hacia su género; aunque en el caso de los hombres gay, lo que rechazan es una posición social poderosa, no subordinada. No obstante, en ambos casos, el rechazo de la heterosexualidad obligatoria constituye un desafío, un repudio a la idea de que es

natural, necesaria y deseable. Y una consecuencia de ese rechazo es el hostigamiento y la persecución.

Hemos presentado estas ideas feministas radicales con algún detenimiento porque ellas son pertinentes para la historia del campo de investigación del que se trata aquí, que es el del lenguaje y sexualidad. El estudio del lenguaje y la sexualidad ha estado íntimamente relacionado con el estudio de lenguaje y género. Más exactamente, aunque algunas líneas de investigación (por ejemplo, investigaciones sobre vocabularios especiales asociados con las subculturas sexuales) se han desarrollado por separado, las cuestiones sobre las correlaciones lingüísticas amplias de identidad sexual han tendido a ser vistas en descenso dentro del ámbito de los estudios de lenguaje y género. Debido a que este campo, el cual emergió a principios de 1970, derivó su aparato teórico del feminismo, no es de sorprenderse que su tratamiento de la sexualidad o identidad sexual reflejara los análisis que eran corrientes entre las feministas de la época.

### Lenguaje, género y heterosexualidad obligatoria

De hecho, los primeros trabajos sobre lenguaje y género tuvieron más bien poco que decir sobre la sexualidad, al menos explícitamente, y esta omisión había sido comentada críticamente por investigadoras más recientes. En la introducción de las editoras a la colección *La expresión homosexual*, Anna Livia y Kira Hall (1977) sugieren que los primeros trabajos feministas son defectuosos por su evidente suposición de que «mujeres» significa «mujeres heterosexuales», y por no tomar en cuenta a las lesbianas. Pero aunque el grueso de la investigación lingüística de la que ellas están hablando ciertamente puede ser criticada por descuidar cuestiones sobre la diversidad entre mujeres—rara vez se ha prestado atención a las diferencias raciales o étnicas tampoco—la crítica específica hecha por Livia y Hall pasa por alto un aspecto importante. Lo que las feministas en la era del movimiento de liberación de la mujer presuponían, no era que todas

<sup>5</sup> Una línea similar de pensamiento, al considerar la relación sexual, llevó a una autora a sostener que las lesbianas, así como también muchas mujeres heterosexuales, no tienen relaciones sexuales (pues el único «sexo» que «cuenta» en las sociedades patriarcales es el sexo que llega al clímax en una eyaculación masculina) (Frye 1992[1987]).

<sup>6</sup>Nigger: término ofensivo inglés para referirse a la persona negra. No existe un epíteto equivalente en agresividad en castellano. (N. de las Tr.)

las mujeres fueran heterosexuales (después de todo, ésta fue una época cuando los temas de la sexualidad fueron debatidos calurosamente, con muchas feministas rechazando públicamente la heterosexualidad). Más bien, muchas feministas afirmaban que la *feminidad*—el ideal del género, con el cual la sociedad en general juzgaba el comportamiento de las mujeres—estaba inseparablemente vinculada a la *institución* de la heterosexualidad.

Algunas feministas científicas investigaron las dinámicas lingüísticas de las relaciones heterosexuales directamente. Pamela Fishman (1983) describió el trabajo interaccional (en una primera versión de su trabajo ella lo apodó «trabajo sucio interaccional») hecho por las mujeres en conversaciones con sus parejas masculinas, basando su explicación en datos de una muestra de parejas heterosexuales. Ella encontró que las mujeres de su muestra hicieron un gran número de preguntas cuya función era facilitar la contribución de los hombres a la conversación. Ya que los hombres no devolvieron el favor, el resultado fue un patrón a través del cual las mujeres les ofrecían a los hombres el uso de la palabra y los apoyaban para que lo retuvieran, a la vez que recibían poco o ningún estímulo para hablar de temas que les interesaran a ellas. Fishman comparó la responsabilidad de las mujeres en el trabajo de mantenimiento de las conversaciones en marcha con su responsabilidad de hacer los oficios domésticos. Una implicación de esta analogía es que la división desigual de la labor lingüística, como la de la labor doméstica, hace parte del contrato heterosexual.

Otras feministas estuvieron interesadas en los tipos de lenguaje que de manera simbólica indican feminidad. Probablemente el mejor conocido de todos los trabajos feministas más tempranos sobre lenguaje y género, es el libro de Robin Lakoff *El lenguaje y el lugar de la mujer* (1975), que propuso la idea de un registro distintivo el cual fue llamado por Lakoff «lenguaje de mujeres» (LM). Las características del LM que Lakoff describió incluyen las formas súper educadas y la evitación de exclamaciones fuertes («miércoles» en lugar de «mierda»), la entonación ascendente en oraciones enunciativas, las preguntas con coletilla interrogativa agregadas a proposiciones cuya validez no necesita comprobar el hablante (ej.

«Es un lindo día, ¿no es cierto?»), y detalles «triviales» en el vocabulario, como «precioso», «divino» y el uso de términos elaborados para los colores (ej. «malva» en lugar de simplemente «morado»). Lo que tienen en común los ítems de esta lista, es que tienden a reducir la fuerza de las expresiones que las contienen, haciendo que la hablante suene menos afirmativa, menos segura y con menor autoridad o poder de lo que ella parecería si no las emplease. La implicación es que uno marca la feminidad lingüísticamente a través de la minimización simbólica del poder propio. Lakoff opone a esta forma de habla no un «lenguaje de hombres» sino un «lenguaje neutral». Ella no sugirió que todas las mujeres hayan usado el LM todos los días — por ejemplo, dice que ellas podrían evitar el uso del LM en contextos profesionales o académicos— sino que sugirió que la existencia de este registro significativo enfrentó socialmente a las mujeres hablantes con un dilema. Ellas podrían usar un lenguaje neutral y ser juzgadas como no femeninas, «menos que una mujer», o usar el LM y arriesgarse a no ser juzgadas como seres humanos plenamente competentes.

### Características del «lenguaje de mujeres» de Lakoff

1. Las mujeres a menudo parecen dar un énfasis fonético con menos precisión que los hombres: cecear las eses, hacer indistintas las vocales.
2. El contorno de entonaciones de las mujeres demuestra más variedad que el de los hombres.
3. Las mujeres usan diminutivos y eufemismos más que los hombres...
4. Las mujeres hacen más uso de formas expresivas que los hombres (adjetivos en vez de sustantivos o verbos, y en esa categoría, prefieren evaluaciones más emocionales que intelectuales: *precioso, divino*).
5. Las mujeres usan formas que comunican imprecisiones: *tan, tanto*.
6. Las mujeres usan evasivas de todo tipo [«Bien...»; «realmente no lo sé, pero tal vez...»] más que los hombres.
7. Las mujeres usan patrones de entonación que se parecen a las preguntas, indicando incertidumbre y necesidad de aprobación.

8. En las voces de las mujeres se oye más su respiración que en las de los hombres.
9. Las mujeres son más indirectas y corteses que los hombres.
10. Las mujeres no se comprometen con una opinión.
11. En las conversaciones, es más probable que las mujeres sean interrumpidas, y menos probable que inicien temas atinados.
12. El estilo comunicativo de las mujeres tiende a ser más colaborativo que competitivo.
13. La comunicación de las mujeres es más expresada de manera no verbal (por gestos y entonación) que la de los hombres.
14. Las mujeres cuando hablan tratan de ser más «correctas», usando mejor gramática y menos coloquialismos que los hombres. Fuente: Lakoff (1990: 204)

En apariencia estos argumentos no son sobre la sexualidad como tal, pero es posible establecer un enlace entre el tipo de feminidad simbolizada por el LM y el posicionamiento de las mujeres dentro de las relaciones heterosexuales. Charlotte Bunch (citada anteriormente) advierte con desaprobación que en la perspectiva «limitada» de los hombres, una «verdadera mujer es aquella que es follada por los hombres» –de lo cual podría deducirse que sólo las mujeres heterosexuales tienen feminidad, siendo éste el atributo clave de las mujeres «verdaderas». Ya sea que uno esté de acuerdo o no con Bunch sobre la prevalencia de la presuposición que ella les reprocha a los hombres, su formulación capta algo sobre la forma en que la feminidad es construida ideológicamente en las sociedades de dominio masculino. Las cualidades «femeninas» como la debilidad y dependencia son erotizadas de manera frecuente y podremos ver luego en este capítulo que el mismo LM puede ser utilizado por sus efectos eróticos. Al elegir contrastar el LM «neutral» más que un «lenguaje de hombres» la misma Lakoff hace uso de la crítica feminista de que las mujeres son sexuadas en un grado en que los hombres no lo son. Los contextos en los cuales ella dice que las mujeres evitan el LM son contextos en los que la competencia

y el éxito dependen de *no* ser percibida meramente desde el punto de vista sexual.

A principios de 1990, la lingüista Deborah Tannen publicó un libro que tuvo enormes ventas, *Tú no me entiendes* (1990), sobre el tema de los malentendidos entre hombres y mujeres. De nuevo, la sexualidad no es el núcleo aparente del libro de Tannen, pero es evidente que los problemas de comunicación de las parejas heterosexuales son centrales en él. También es evidente que el libro se puede leer (aunque la misma Tannen podría refutar esta interpretación) como si apoyara el argumento de Fishman de que las relaciones heterosexuales ubican de manera asimétrica a hombres y mujeres: las mujeres tienen que hacer más trabajo interaccional por menos retribución personal. Tal como lo glosó la crítica Senta Troemel-Ploetz (1991), muchos o la mayoría de los malentendidos citados por Tannen como ejemplos de las diferencias cuasi-culturales entre hombres y mujeres terminan misteriosamente con las necesidades de los hombres cubiertas con más frecuencia que las de las mujeres. Teóricamente, puede argüirse que el modelo de Tannen de la diferencia entre lo masculino y lo femenino es esencialmente un modelo complementario – las preferencias interpersonales y lingüísticas que ella atribuye a hombres y mujeres no son exactamente diferentes al azar, sino que surgen de una división del trabajo por la cual los dos sexos en principio tienen roles no-superpuestos. Esto recuerda el argumento presentado anteriormente, que a las mujeres y a los hombres se les exige complementarse el uno al otro –ser «opuestos» más que solamente diferentes– en gran parte a causa de la institucionalización de la heterosexualidad. La heterosexualidad (prototípicamente en forma de matrimonio) es la institución social clave por la que y a través de la cual se produce la complementariedad de género. A diferencia de las feministas radicales que hemos citado, Tannen no toma una posición crítica en relación a la institución social de la heterosexualidad, pero la existencia de esa institución se presupone en su explicación de la diferencia de género, de la cual puede decirse que tiene poco sentido sin la heterosexualidad.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Para un argumento más detallado de esta repercusión, ver Cameron (1992).